

# La lágrima del Sol

Ander López de Abechuco  
Martínez de Rituerto



**Dedicatoria:**

**A Marisa, Andrés, Estíbaliz y la cuadrilla, por su amor, amistad y apoyo**

**Novela:**

**© Ander López de Abechuco Martínez de Rituerto**

**Corrección:**

**Marina Aguilar García**

**Portada por:**

**© Abel Fernández López**

**ISBN 978-84-608-2038-3    Descarga digital**

Novela publicada por primera vez en 2012

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin permiso expreso del autor.

## El descubrimiento

— Vamos. Con cuidado. No revolváis la tierra, solo apartadla con delicadeza —pide Ana mientras se acerca para comprobar cómo dos de sus estudiantes universitarios de arqueología clavan sus paletas en la tierra sin mucho entusiasmo.

El tristón día de otoño no ayuda a animar el espíritu de trabajo, un cielo lleno de nubes con muchas tonalidades de gris amenaza lluvia pero hoy no ha llovido y puede que no lo haga en todo el día. Ana, junto con ocho jóvenes más, ha pasado varias horas de trabajo en una huerta en la que su equipo de arqueólogos ha hecho varias catas. No están cultivando nada sino investigando. Hace unos días la propietaria del terreno encontró una gran cazuela de metal muy oxidada que contenía varias cajas de madera y metal junto con muchas monedas de oro y plata. Todos eran objetos muy antiguos que todavía han de datar exactamente. Sin embargo, la Diputación Foral de Álava ha pedido al equipo de la profesora Ana López de Barambio, de la Universidad del País Vasco, que comprueben si es un hallazgo único, lo estudien, fechen y averigüen si hay algo más.

Ya llevan dos días removiendo gran cantidad de tierra y piedras sin éxito, las catas no han sacado a la luz nada interesante salvo clavos y herraduras modernas, antiguas latas y botellas abandonadas decenas de años atrás. Nada de valor histórico. Aun así, todavía queda trabajo para dos días más; la huerta es bastante grande y hay que analizarla completamente.

Están en las afueras de Antoñana, una villa en el corazón de la Montaña Alavesa. Es muy antigua e incluso aún conserva parte de los lienzos de muralla medieval que la protegían. La huerta se encuentra apartada, y casi escondida, en la parte trasera de la población. Forma parte de un pequeño valle que lleva a la villa, con un riachuelo al fondo. Las escarpadas laderas han obligado a configurar el huerto en dos balcones a diferente nivel, sin poder evitar algo de pendiente en los mismos, terminando por unirse en un extremo. El huerto es casi tan antiguo como la villa, fundada como tal en 1182 por Sancho el Sabio de Navarra.

— ¿Crees que vamos a encontrar algo más? —pregunta Aitor a Ana, mientras se toma un respiro y estira la espalda. Observa el trozo de piedra que acaba de desenterrar, lo analiza sin descubrir nada de interés. Lleva

varias horas de rodillas, apartando la tierra y el cuerpo se le ha entumecido.

— No creo —responde Ana algo resignada—. Lo que encontró la propietaria en su huerta ha sido algo fortuito.

— No comprendo qué pintaba esa olla en este lugar.

— Ni yo... pero tampoco es algo imposible.

— ¿Cómo?

— Huy... Aitor, no prestas mucha atención en mis clases en la universidad, ¿eh? Voy a tener que replantearme tu nota.

— No, no es eso —responde apresuradamente Aitor, algo nervioso—. Eso de que alguien enterrase esas monedas no me parece demasiado lógico.

— Más de lo que parece —replica Ana, cogiendo una de las monedas que tienen metidas dentro de varias bolsas transparentes y que se encuentra sobre una mesa de *camping* colocada a un lado de la huerta, en la parte más alta, junto al camino que lleva hasta la misma. Está muy bien conservada, es evidentemente antigua—. Mira la moneda... —pide a Aitor, mientras el resto del equipo se acerca a escuchar—. Esta moneda es romana, a falta de cotejarla... creo que corresponde al Bajo Imperio. Es posible que sea del siglo III o cercano —explica Ana sin dejar de contemplar la moneda a través de la bolsa, mirándola con atención, como si fuese la primera vez, pese a que ya la ha estudiado docenas de veces—. En aquella época el Imperio Romano de Occidente estaba en plena decadencia y era regularmente invadido por pueblos bárbaros del Norte de Europa.

— ¿Y qué tiene que ver eso con que aparezca en medio de una huerta? —pregunta Enara, otra de las estudiantes del grupo de Ana.

— ¿Os acordáis de lo que os conté en clase, sobre lo que hicieron algunos propietarios cuando las legiones romanas abandonaron Britania?

— Sí, enterraban sus cosas de valor cuando los bárbaros o bandidos se acercaban —interrumpe Aitor.

— Eso es —celebra Ana—. Fijaos dónde se ha encontrado la olla.

Ana señala un orificio de casi un metro de diámetro en la ladera, justo donde termina la tierra de la huerta y empieza la maleza. Se aprecia cómo está revestido de piedra, formando una pequeña cúpula que por desgracia está rota por un lado. La maleza de alrededor ha sido cortada y se ve un pequeño montículo de piedras y tierra a su lado.

— En un simple agujero —dice Aitor con algo de desprecio.

— Aitor... no prestas mucha atención —continúa Ana algo molesta por la actitud de su alumno—. Según nos ha contado la propietaria de la huerta, estaba tratando de ganar algo de superficie a la ladera limpiando maleza y nivelando la tierra cuando se topó con un montón de piedras. Las comenzó a apartar, pero algunas no se movían y las trató de romper con un pico. Entonces descubrió ese magnífico agujero. Fijaos —explica acercándose y señalando el perfecto encaje de las piedras—, las piedras forman una cúpula, no hay mortero ni nada, solo piedra contra piedra. Una magnífica obra de arquitectura a pequeña escala. Sin duda, cuando se construyó no existía una huerta como ahora; probablemente fuese parte de un bosque o similar. Debieron de buscar el lugar con cuidado e hicieron el agujero en la ladera, metieron la olla, la cubrieron con la cúpula de piedra y luego enterraron el conjunto. Es casi seguro que pretendían volver más tarde a sacar el contenido, cosa que obviamente no pudieron hacer. Construyeron una caja fuerte de la época, para salvaguardar un pequeño tesoro.

— ¿Los mataron? —pregunta Enara.

—Lo más probable, o simplemente no tuvieron oportunidad de volver —confirma Ana. — Mi teoría es que... si se confirma la datación de las monedas, una persona poderosa de la aristocracia romana de la región trató de ocultar sus bienes de alguna de las cruentas invasiones que asolaron el fin del Imperio Romano, y en concreto la Península Ibérica, en aquella época. Si se confirma la fecha de las monedas... pudieron ser los vándalos, los alanos... Es difícil concretar.

— ¿Y qué más había en la olla aparte de monedas? —se interesa otro de los estudiantes del grupo.

— Todavía no lo sé —reconoce Ana con algo de resignación—. No he abierto ninguna de las cajas. No lo haré hasta que volvamos a la universidad, en Vitoria, y pueda crear una atmósfera que no dañe el contenido de las mismas.

— Y... ¿por qué aquí? —insiste Enara—. Los yacimientos romanos de la provincia se encuentran principalmente en la llanada alavesa.

— Puede que precisamente por eso —sonríe Ana contenta de comprobar el interés de casi todos sus alumnos—. No se conocen yacimientos romanos en esta zona... Pero conviene recordar que la actual Pamplona fue fundada por los romanos, concretamente por Cneo Pompeyo Magno en el año 74 a. C. Es lógico pensar que por aquí cerca pudiese existir algún camino que llevase al interior de la Península o, como mínimo, uniese la desaparecida ciudad de Iruña-Veleia que se encontraba en la llanada alavesa con Pompaelo, la actual Pamplona. Con lo cual... obviamente,

alguien escogió este lugar para esconder su fortuna, pero por suerte para nosotros no pudo venir a recuperarla.

— No me creo eso —protesta Aitor—. Este territorio viene señalado en muchos mapas como zona de los vascones, y estos no se rindieron nunca ante los romanos.

Ana se queda mirando unos segundos a Aitor. Su expresión es casi de resignación, parece que no es la primera vez que escucha esos argumentos. No le molesta, ya que ella simplemente expone los hechos y que cada uno decida lo que quiera creer. Lo que intenta es que sus alumnos creen su propio criterio, aunque a veces este está turbado por otras razones ajenas a la historia y los hechos conocidos.

— Esa es una teoría muy extendida en ciertos círculos que obvia los hechos que acontecieron durante la conquista de la Península Ibérica por parte de los romanos. En concreto por parte de Pompeyo, ya que era en Pompaelo donde se retiraba a descansar entre campaña y campaña de conquista. Es más, es casi seguro que los vascones fueran fieles aliados de Pompeyo. Como comprenderéis, no es muy normal que uno se vaya a descansar a una zona donde no es bienvenido —explica Ana con calma—. Además, una calzada romana cruzaba el territorio que se supone correspondía a los vascones, la que unía Astorga con Burdeos. Y casi me arriesgo a aventurar que la guardia personal del general estuviese formada por vascones.

— ¿Y eso? —se extraña Javier, otro de los estudiantes que escucha con atención; además de aprovechar para descansar.

— En aquella época los generales romanos disponían de guardias personales para que les protegiesen de sus enemigos. La verdad es que no podían confiar demasiado en los romanos, que estaban muy influenciados por la buena vida, lo cual les hacía ser susceptibles de ser sobornados. Para evitar ese riesgo los generales romanos solían escoger soldados de otras etnias. Los pueblos hispanos contaban con una gran reputación en ese caso, eran fuertes, valientes, rara vez se rendían y eran fieles hasta la muerte; no era extraño que alguno de los guardias durmiese a los pies de la cama del general o en su puerta, para protegerle mientras dormía.

— Comprendo —asiente Enara—. Así que eran soldados de élite de los que no se dudaba de su lealtad.

— Exacto —confirma Ana—. Es más, eran tan fieros guerreros que sus armas y algunas de sus especialidades se incluyeron en las legiones romanas.

— Por ejemplo... la gladius, que fue la espada estándar de los legionarios durante siglos. La falcata, otra espada muy temida, y fue una evolución de una espada que trajeron los griegos a la Península. O los grupos de soldados como los honderos baleares, que eran muy apreciados por su habilidad para causar bajas a distancia —comenta Nerea, otra de las estudiantes de Ana.

— Cierto. Así que aunque la invasión romana fue extremadamente cruenta y plagada de batallas y matanzas, basta recordar lo que ocurrió en Numancia. Los vencedores no dudaban en matar o esclavizar a los vencidos, les robaban todo lo que tenían y se apropiaban de sus tierras. Los vascones no se quedaron aparte sino que colaboraron con uno de los más grandes generales romanos, Pompeyo.

— Si no recuerdo mal... —comenta Nerea— los aliados de los romanos no siempre estaban exentos de la avaricia de los funcionarios romanos.

— Cierto —asiente Ana—. Los funcionarios o gobernadores encargados de administrar las regiones conquistadas tenían casi libertad absoluta en sus acciones mientras a Roma llegasen los frutos esperados: cereales, hierro, oro, etcétera. Esta libertad les llevaba a cometer abusos de toda clase, que a veces conllevaba la rebelión de los que antes eran sus aliados. Estas rebeliones se solventaban a sangre y fuego. Los romanos no es que practicasen la piedad, y sus castigos eran cruentos y definitivos. Pese a todo, ser aliado de los romanos era mucho mejor que ser su enemigo, al menos durante la época de la conquista de la Península Ibérica. Si bien, es cierto que la conquista no fue fácil y se alargó bastante, como demuestran los restos encontrados de la que se conoce como la Batalla de Cuartango entre legionarios romanos y lugareños, entorno al año 32 antes de Cristo.

Aitor no contesta, no sabe qué decir ante esa afirmación, pero en su cara se puede percibir que no le gusta esa idea. En su rostro se distingue un pequeño gesto de cabreo y parece estar preparando una respuesta. Obviamente le gusta más la idea de que los vascones no se rindiesen ante los romanos nunca.

Suena un teléfono móvil. Todo el mundo se echa la mano al bolsillo. La melodía no es habitual en un teléfono móvil y permite que el dueño distinga la llamada entre el resto. Esto no evita el gesto reflejo de todos los presentes, para comprobar si es a él a quien lo llaman. Parece que todos están ansiosos de recibir una llamada, casi como si se tratara de una dependencia. La única que no se apresura es Ana; es su móvil el que suena, lo sabe y no tiene prisa. Sin embargo, no se la ve contenta, más bien molesta. Mira quién la llama y hace un gesto de hastío.

— Jo, qué pesado —protesta justo antes de descolgar—. ¿Sí? ¿Diga?

Ana se aparta y mantiene una conversación que parece no muy amigable. El resto del grupo vuelve al trabajo. Tras unos minutos Ana se acerca al grupo y anuncia:

— Me marchó unas horas a Vitoria. Nerea, vendrás conmigo. El resto continuad las catas y recoged todo cuando terminéis si no hemos vuelto a la tarde. Mañana nos veremos aquí, a la misma hora que hoy. Enara, te quedas al cargo. ¿Todo claro?

— Sí —confirman todos al unísono. Nerea recoge sus cosas y se acerca a Ana.

Se alejan de la huerta hacia donde tienen aparcados los coches, en lo que eran antiguamente las eras de la villa. Se encuentran a varios centenares de metros. En la zona también hay varios pajares, algunos de los cuales se han convertido en viviendas. Mientras caminan, Nerea parece no atreverse a decir nada, pero finalmente se arranca.

— ¿Qué sucede?

— Los de la Diputación, que son unos pesados —responde Ana malhumorada.

— ¿Y eso? —insiste Nerea.

— Pues que quieren que vaya a los humedales de Salburua a mirar algo que han encontrado. No hemos acabado aquí y quieren que vayamos a otro lugar. Así no se puede trabajar —se desahoga evidentemente molesta.

— ¿Tendrá que ver con lo que viene en los periódicos que encontraron ayer? —se excita Nerea, que se ha animado mucho y no se muestra tan molesta como Ana—. Pero... ¿lo que encontraron no han sido unos soldados modernos?

— Eso creen, pero no están seguros —contesta Ana sacando la llave del coche del bolsillo y pulsando el botón del mando a distancia para que se abra. Mientras se acomodan en los asientos delanteros, con Ana al volante, continúa con su explicación—. Parece ser que han encontrado algo muy raro. El rector y otra gente están muy nerviosos. Creen que los uniformes son de la época napoleónica.

— ¿De cuándo? ¿De Napoleón? —se extraña Nerea—. Pero... tú eres experta en la época romana.



— Cierto —asiente Ana mientras conduce con cuidado—. Pero como afición he estudiado la época napoleónica, y el rector lo sabe.

Se quedan unos segundos en silencio mientras recorren la villa. El pequeño utilitario de color azul clarito permite moverse con agilidad en las angostas calles de la población. Primero dejan las eras y pasan junto a un antiguo lavadero, restaurado hace algunos años. Junto a él se encuentra una casa fuerte, una especie de torreón-vivienda que servía para proteger la población por ese lado; a su izquierda todavía se ve un trozo de lienzo de la muralla. Entran en una estrecha calle, no hay aceras ni nada parecido. No hay mucho espacio, entra un coche y poco más. Las puertas de las viviendas dan directamente a la calle. La iglesia, con su torre-campanario, preside la estampa. Circulan con cuidado, no sea que aparezca un vecino súbitamente y lo atropellen. Contemplan al fondo cómo los rayos del sol pasan por una abertura. Cuando se acercan a la iglesia se distingue con claridad por dónde pasa la luz: por una de las antiguas puertas de la muralla que en la antigüedad daban acceso a la villa. No queda reja ni portón, solo el hueco de la puerta. El coche pasa despacio, con cuidado de no rozar. Se alejan finalmente de Antoñana. A su derecha se pueden distinguir claramente los rasgos de una población amurallada, una torre semicircular, lienzos de muralla, casas fuertes...

Cuando ya dejan atrás la población y se adentran en la carretera hacia Vitoria-Gasteiz, Nerea insiste para entender completamente lo que sucede, su mente no ha dejado de pensar en por qué llaman a su profesora:

— Por eso te ha llamado el rector. Por tu afición. Y... ¿yo qué pinto en esta historia?

— Quiero que me ayude alguien que sepa moverse entre la historia y tratar piezas antiguas. Y tú eres mi mejor alumna. Ya que me hacen dejar un trabajo y me mandan a estudiar una cosa absurda, quiero a alguien competente a mi lado.

— ¡Oh! —se sorprende Nerea—. Muchas gracias por decir eso, me halaga.

Tras esas palabras el resto de viaje a través de la Montaña Alavesa en dirección a Vitoria-Gasteiz transcurre con calma. Los tonos otoñales se van adueñando del paisaje, los árboles son un mosaico de colores ya que aún las hojas no han empezado a caer en cantidad. Los pueblos desperdigados y los campos de cultivo terminan de adornar el paisaje. Escuchan la radio, música

simplemente, por distraerse. No hay mucho tráfico y en algo más de media hora están acercándose a las afueras de Vitoria-Gasteiz.

— ¿Sabe exactamente qué es lo que han encontrado? —se interesa Nerea cuando ya están acercándose a los humedales.

— Pues... la verdad es que no lo sé —confiesa Ana.

No tiene muchas ganas de hablar. Aún está molesta por tener que dejar su trabajo a medias en Antoñana. Según se acercan al humedal en el que las han citado, que está pegando a la ciudad, solo separado por un paseo y una carretera, descubren una gran cantidad de gente merodeando por la zona. Parece que las noticias del periódico, que afirmaban que habían encontrado algo inusual, han incitado a la gente a acercarse a curiosear.

Ana aparca y sale del vehículo en compañía de Nerea. Van vestidas con la ropa de trabajo, ambas con botas de monte, vaqueros y una chaqueta abrigada, verde para Nerea y roja para Ana. Ambas llevan una pequeña mochila con sus herramientas de trabajo, van con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Un suave viento hace que la temperatura no sea muy alta.

Según se acercan al parque descubren cómo la Policía Local se esmera en impedir que los curiosos se adentren en el moderno parque en que se ha convertido el humedal. Es curioso, durante mucho tiempo fue una zona casi abandonada de la ciudad y se le fue robando terreno a favor de los cultivos, pero en los últimos años el ayuntamiento se ha esmerado en recuperar el espíritu del humedal y en convertirlo en una especie de centro cívico sobre la naturaleza al aire libre, incluyendo un centro de interpretación de la naturaleza en sus orillas. Este trabajo ha tenido éxito y ha convertido la zona en una popular zona de esparcimiento, con paseos y campos donde jugar al aire libre. Los animales tienen áreas acotadas y según la época del año se pueden encontrar ciervos, cigüeñas, patos y numerosas aves migratorias que hacen una parada para descansar de su viaje en los humedales.

Ana se adelanta y le dice a un policía local:

— Soy Ana López de Barambio. Ella es mi ayudante, Nerea Arranz — explica señalándola—. Soy de la U.P.V. y la Diputación nos ha pedido que vengamos a estudiar qué es lo que han encontrado.

— Un momento —responde el policía. Se aleja un poco y habla por su emisora. Tras unos instantes hace señas para que se acerquen, cuando

llegan a su altura les dice—: Esperen aquí, ahora vienen a acompañarles al lugar.

Los policías presentes las ayudan a pasar, teniendo que empujar a algunos de los curiosos que también quieren pasar. Se quedan de pie, esperando, a varios metros de donde los policías se esfuerzan en impedir el paso al resto de personas. Nerea y Ana contemplan fascinadas la expectación que la noticia ha generado, no se lo esperaban, su curiosidad empieza a crecer. ¿Qué clase de rumor se habrá levantado para que haya tantos curiosos? Aguardan durante unos pocos minutos y finalmente ven acercarse por uno de los caminos que recorren los humedales al rector de la U.P.V., acompañado por otras tres personas. Ana y Nerea se adelantan a su encuentro.

— Muchas gracias por venir, Ana —agradece el rector—. Necesitamos que alguien nos aclare cierta información y creo que tú eres la persona adecuada. Este caballero te pondrá en antecedentes.

— Buenos días —saluda uno de los acompañantes—, soy Pedro Pérez de Argómaniz, el responsable de los humedales.

— Encantada —responde Ana estrechándole la mano—. ¿Qué han encontrado?

— Eso prefiero que lo juzgue usted —contesta Pedro—. Lo que sí puedo contarle es cómo lo encontramos. Estábamos tratando de retirar unos plásticos enredados en las ramas de los árboles. Estaban por todas partes, enredados por el vendaval que asoló la llanada hace unos días.

— Sí, fue impresionante —asevera el rector—, muchos tejados y árboles sufrieron graves daños...

— Eso es —interrumpe Pedro—. Siguiendo... Cuando estábamos retirando los plásticos, uno se encontraba muy enganchado en un árbol seco. Al tirar con fuerza del plástico, el árbol cayó y levantó todas sus raíces. Fue un gran susto, no nos lo esperábamos, y casi atrapa a uno de los trabajadores. Las raíces del árbol eran bastante grandes, el árbol es muy antiguo, pero eso no impidió que cayese con facilidad. El resultado es que nos encontramos un agujero de varios metros de diámetro. Cuando nos acercamos descubrimos asombrados lo que usted va a ver.

Ana no sabe qué pensar. ¿Debajo de unas raíces? No puede ser, las raíces son una de las fuerzas de la naturaleza que más estragos hacen en las estructuras humanas. Son lo peor que puede pasarle a un yacimiento arqueológico, ya que levantarán o romperán todo lo que se encuentren. Es capaz de levantar el asfalto. ¿Qué puede haberse conservado bajo unas raíces?

Comienzan a andar con más brío. Todos están impacientes por llegar. El camino está rodeado de bosque, con pequeños prados repartidos por el recorrido así como riachuelos, charcas y todo tipo de flora autóctona. Recorren uno de los varios caminos que forman los diversos trayectos posibles en el parque. Durante el paseo les cuentan varias veces cómo el árbol cayó, cómo casi atrapa a uno de los operarios, que tuvo que tirarse dentro de una zanja, que se llevaron un gran susto al encontrar lo que van a ver... “Se repiten bastante”, piensa Nerea para sí. En realidad no prestan demasiada atención; no quieren influenciarse por sus opiniones. Prefieren ver lo que tengan que analizar sin prejuicios.

Finalmente se acercan a otro grupo de personas que están junto a un gran árbol caído que corta el camino. Lo están troceando con varias motosierras para conseguir trozos más manejables. El árbol está seco, pero no deja de ser impresionante. El diámetro de su tronco es muy grande; es probable que tenga muchas decenas, incluso centenas de años. Hay policías, gente con buzo y gente con corbata, una reunión muy variopinta. Cuando los ven llegar se apartan y dejan al descubierto una gran lona de plástico azul echada sobre el suelo.

— No se preocupen, es una zona seca —comenta uno de los presentes—, pueden acercarse sin problemas.

— Gracias —contesta Ana. Mira a Nerea y le dice—: Veamos lo que tenemos.

Según se acercan a la lona, dos operarios comienzan a apartarla despacio y con cuidado. Lo que queda ante sus ojos es algo, cuando menos, curioso. Hay dos cuerpos humanos junto al de un caballo. Los cuerpos están sobre una especie de baúl de madera bastante grande, muy adornado, y con las esquinas y bordes reforzados con metal labrado. Es como si lo estuviesen abrazando y hubiesen caído uno sobre el otro. Los cuerpos corresponden a dos soldados y parece que se han matado entre ellos. Lo más curioso es que los soldados llevan uniformes antiguos, pero los cuerpos parece que han muerto hace diez minutos, todo está perfectamente conservado, la piel, el pelo, las ropas... incluso sus miradas de terror ante la muerte... Todo está en perfecto estado.

Ana se queda sorprendida, no se lo esperaba. Jamás había visto algo así. Mira a Nerea y constata cómo ella se ha quedado con la boca abierta, estupefacta ante lo que está viendo.

— ¿Han tocado algo? —pregunta finalmente, sin poder dejar de mirar los cuerpos.

No puede creer que los cuerpos estén allí echados, parece que se van a levantar y salir de allí andando o a caballo, si no fuera porque uno de los soldados tiene un sable ensartado en su pecho y el otro tiene una bayoneta que le atraviesa el cuello. El caballo está tirado sobre un charco de sangre, que parece fresca; se ve claramente un disparo en su pecho. El rifle, que aún sujeta el infante, es un arma de avancarga y chispa; era conocido como rifle Baker y era el propio de las unidades ligeras inglesas.

— Nada —contesta uno de los operarios acercándose—. En cuanto lo vimos llamamos a nuestro supervisor y este nos indicó que llamásemos a la policía. Cuando llegó nos ordenaron cubrirlo con una lona y eso es todo lo que hemos hecho.

— Perfecto —se alegra Ana mientras estudia el entorno, rodeando el agujero que han dejado las raíces.

— Soy la jueza de guardia —se presenta una dama guapa, muy elegante y trajeada, de unos cuarenta años—. Esto es un homicidio, pero creo que es más cosa de historiadores que de jueces. Por eso las llamé. Básicamente, para ver si me pueden asegurar la fecha de la muerte... El personal del forense no se atreve a dar una fecha, sus instrumentos no parecen fiables aquí, algo los trastoca. Si no fuese por el árbol dirían que han muerto hace pocos minutos, pero eso no es posible, sus termómetros indican que están casi congelados. Según lo que me digan tomaré una decisión.

— Vaya papelón —comenta Ana en voz baja mientras analiza la escena.

— ¿Qué piensa de esto? —se interesa el rector.

— Ciertamente... es algo inusual —confirma Ana—. ¿Seguro que esto apareció debajo de ese árbol? —el responsable del parque asiente con un gesto de cabeza, muy serio.

— Parecen soldados del siglo pasado —comenta Nerea.

— Algo más antiguos, de la época napoleónica; hace unos dos siglos —corrige Ana.

— ¿Cómo está tan segura? —pregunta uno de los policías—. Parece que han muerto hace unos minutos.

— Cierto, es algo increíble —reconoce Ana—. Pero los uniformes son inconfundibles. Son de la época napoleónica.

— Pero ambos son verdes, eran del mismo ejército y se mataron entre ellos... No lo entiendo —comenta un operario.

— Ambos uniformes son verdes, cierto, pero uno es británico y otro es francés. En aquella época los colores de los uniformes no identificaban a un ejército sino a un cuerpo, batallón o regimiento dentro del ejército. Podían ser rojos, azules, verdes, blancos, grises... En un mismo ejército podían existir varios tipos de uniformes totalmente distintos entre sí. Los uniformes servían para diferenciar los tipos de soldados entre sí más que a los ejércitos. Lo relevante era la bandera bajo la que luchaban. Es más, cada tipo de unidad de caballería o de infantería llevaba un tipo de uniforme propio que los distinguía del resto pero que se asemejaba al de otros países. Por ejemplo, los húsares eran un tipo de caballería pesada muy distinguible ya que en su uniforme de gala llevaban su chaqueta o “dormán” puesta solo por un brazo y sujetada con cintas para que no cayese. Era un uniforme muy espectacular, como el del dragón que tenemos aquí. Por eso en aquella época existían tantos tipos de uniformes tan vistosos, cada regimiento quería destacar entre el resto de cuerpos del ejército. Aunque sí llevaban símbolos comunes, como las placas con el símbolo de Napoleón o el águila imperial en los gorros o mantas de los caballos, en el caso de los franceses, o una especie de trompeta u otros símbolos reales en el caso de los ingleses. Aunque eso tampoco era una regla seguida por todas las unidades a rajatabla.

— ¿Está segura? —insiste el rector.

Ana se acerca al grupo de curiosos y les comienza a explicar.

— El soldado que tiene el sable recto de caballería clavado en su pecho es un soldado inglés. Ese sable recto era propio de las unidades de dragones ya que el resto de unidades de caballería portaban uno curvo. Concretamente este soldado inglés es un sargento de la 95th de rifles, de infantería ligera. Lo sé por su uniforme. El rifle es también el propio de las unidades ligeras inglesas, el rifle Baker. Su bayoneta no es la normal, es un sable-bayoneta, para compensar el menor tamaño y peso de ese tipo de rifle. Si se fijan bien en el uniforme, es verde oscuro con vueltas negras en cuello y mangas, junto con las botas negras. Está perfectamente conservado, se pueden ver los bordes blancos en cuello y mangas. Incluso se aprecia la faja roja debajo del cinturón. Todavía lleva el chacó negro puesto, miren cómo aún lleva una pluma y un cordón verde adornándolo, junto con un emblema en forma de trompeta en el frente, bajo la pluma. En el brazo derecho lleva los tres galones plateados de sargento. También se puede distinguir todo su equipo y correajes negros, con cantimplora,

manta, etcétera. Algo así solo lo había visto en un museo en Inglaterra. Es increíble el perfecto estado en que se encuentra conservado...

Ana se acerca y extiende el brazo para tocar el tejido con cuidado, comprobando su calidad. Repite el gesto sobre el otro soldado y toca su uniforme. Se levanta y se queda unos segundos pensando. Se acerca al caballo y pone su mano sobre el cuerpo del animal.

— Está totalmente frío —comenta pensativa en voz alta—, eso demuestra que no han muerto hace unos minutos.

— Si ese es inglés... ¿cómo es que el otro es francés, si también va vestido de verde? —protesta uno de los operarios.

— ¿No has escuchado lo que ha explicado la señorita antes? —le recrimina otro de los operarios.

— Sí, pero... —intenta excusarse.

— El otro soldado... —interrumpe Ana— lleva un uniforme de caballería francesa. Concretamente es un dragón de la 25ª de dragones, uno de los más vistosos de la caballería de la época. Era tan vistoso que llegó a crearse una unidad de la guardia de Napoleón conocida como 'Los dragones de la emperatriz'. Si nos fijamos en su caballo —señala Ana con la mano—, este se encuentra al lado, apartado alrededor de un metro de los cuerpos humanos. Si miran con atención se ve cómo en su manta y arcos verdes tiene grabado el número 25, por eso sé el regimiento. El casco que porta el soldado es de cobre dorado y visera de cuero, con la crin negra de caballo en su parte trasera, propio de los dragones franceses. Las crines de caballo tenían dos funciones: una era para que los sables enemigos se enredasen con las crines y amortiguasen los golpes de espada sobre la cabeza y la otra era para ser espectaculares al ondear al viento cuando cabalgaban al galope. La guerrera es verde con vueltas blancas, con pantalón también blanco y botas de montar negras. Incluso lleva todavía puestos los guantes blancos, empuñando el sable. Los correaes aún conservan un perfecto color blanco. Es espectacular.

— Si son de la época napoleónica... —señala el rector— ¿Cómo es posible que se conserven tan bien?

— Eso no lo sé —reconoce con fastidio Ana—. Pero si les interesa puedo decirles cuándo murieron, incluso sobre qué hora.

Todos se vuelven a mirarla con fascinación. Nerea se muestra estupefacta y la mira con admiración.

— ¿Cómo puede afirmar eso? —pregunta la jueza mientras una de las personas que se encuentra a su lado se dispone a tomar nota.

— Si esto no es una broma, en cuyo caso sería perfecta ya que los uniformes son originales de la época... cosa que parece descartable por la forma de surgir el hallazgo, y a falta de contrastar más datos... Aseguraría que murieron el 21 de junio de 1813, al atardecer.

— Esa fecha me suena... —comenta Nerea—. Es la de la batalla de Vitoria.

— Exacto —contesta Ana satisfecha de haberse traído a Nerea para que la ayude.

— Eso no puede ser —protesta uno de los policías—. Los cuerpos deberían estar descompuestos.

— Eso es cierto. Algo los ha conservado... Es un misterio —acepta Ana.

— ¿Pero cómo puede estar tan segura de la fecha y la hora? —se interesa el rector.

— Bueno... solo hay una fecha en la que los ingleses y los franceses se enfrentaron en esta zona durante la época de Napoleón, y esa es la de la batalla de Vitoria. Los regimientos a los que pertenecen esos soldados estuvieron presentes en la batalla. Concretamente, el 95th de Rifles estaba encuadrado en la brigada anglo-portuguesa de Kempt, en la zona centro-izquierda del despliegue inglés. El 25º de dragones estaba encuadrado en la 2ª Brigada de la 1ª División de caballería de línea de Mermet, del ejército de Andalucía de Gazán.

— ¿Y la hora? —se interesa otro de los policías.

— Esto necesita de una explicación más larga —comenta Ana—. Durante la huida de los franceses de la Península, frente al empuje de ingleses, portugueses y españoles, los franceses crearon un gran convoy donde evacuaban a todos sus aliados, junto con todo lo que habían robado en la Península: cuadros, obras de arte, joyas, etcétera. Incluso se llevaron la colección completa del Museo de Historia Natural de Madrid. En la fecha de la batalla de Vitoria ese convoy se encontraba a las afueras de la ciudad, repartido entre las murallas y los humedales en los que nos encontramos. Entonces los humedales eran mucho más extensos y peligrosos que ahora, sin caminos ni nada parecido. El plan de los franceses era llevar el convoy a San Sebastián y de allí a Francia, pero los acontecimientos de la batalla hicieron que ese camino se cerrara y solo tuviesen libre el camino a Pamplona. Era un camino malísimo, donde solo cabía un carro de ancho y además limitado por los humedales. La gran mayoría del convoy se vio atrapado cerca de aquí y fue objeto del pillaje y saqueo posterior a la batalla.



— ¿Pillaje? —se interesa Nerea.

— Exacto. En aquella época la única forma que tenían los soldados de resarcirse de los peligros y horrores de la guerra era mediante el pillaje. Si además tenían suerte, podían hacerse con dinero suficiente para vivir el resto de sus días tranquilamente. Las crónicas explican cómo el convoy fue objeto de un pillaje brutal. Los ingleses afirman que fueron los vecinos quienes ejercieron el pillaje, pero esto es falso. Los ingleses eran conocidos por arrasar las localidades que “liberaban” de los franceses. No eran extrañas imágenes de violaciones y destrucción. Curiosamente Vitoria se salvo de esas escenas.

— ¿Cómo fue eso posible? —pregunta la jueza con interés.

— Uno de los oficiales españoles adscritos al comandante inglés Lord Wellington, al mando de los ejércitos aliados en la Península, era don Miguel Ricardo de Álava y Esquivel, más conocido por el General Álava. Era natural de la provincia. El general no solo estaba bajo las órdenes de Wellington, sino que era su amigo. Esto era algo extraño ya que, según parece, Wellington no apreciaba mucho a los generales españoles, pero el General Álava se ganó su respeto y amistad, siendo siempre bien recibido por la familia de Wellington. Bueno... volviendo a la batalla, en las fases iniciales de la misma el General Álava, gracias a los informes de un lugareño, José Ortiz de Zárate, hizo que los ingleses de la Brigada de Kempt, guiados por el aldeano, tomaran el desprotegido puente romano de Trespuentes. Esto les dio una buena ventaja en la batalla, y a la postre cortó el camino de San Sebastián, impidiendo la huida planificada del convoy francés, quedando atrapado entre Vitoria y los humedales. En las últimas etapas de la batalla la ciudad de Vitoria-Gasteiz quedó cerrada, salvándose del saqueo. Esto se debió a una petición personal del General Álava a Wellington de cerrar la ciudad a los soldados. Es de suponer que al ver la ciudad cerrada, los soldados ingleses se abalanzaron sobre el convoy en busca de algo que les compensara de los riesgos de la guerra. Es muy poco probable que los habitantes de la zona se atreviesen siquiera a salir de casa... y menos a enfrentarse a soldados expertos, armados, sin control y sedientos de riqueza.

— ¿Y qué tiene que ver eso con la hora? —se impacienta uno de los policías.

— Cierto... —admite Ana—. El convoy estaba atrapado y no podía moverse, los carros se cruzaron, volcaron y bloquearon el paso. El mismísimo rey José Bonaparte, el rey de España impuesto por Napoleón, tuvo que abandonar su carroza y huir a caballo de los ingleses, que le echaban el aliento encima. Esto ocurrió a media tarde. Los tesoros que

llevaban los franceses en el convoy fueron robados primero por los franceses durante su huida y después por los británicos sedientos de botín. Es conocida la anécdota del tesorero del ejército francés que, ante la imposibilidad de llevarse el dinero, lo tiró para que los soldados franceses lo fuesen recogiendo mientras huían de los ingleses. La escena que tenemos delante puede corresponder perfectamente a la lucha por conseguir algo de botín. Puede que el dragón francés pretendiese huir y se topó con el infante inglés cortándole el camino, quién sabe...

— Y se mataron por el botín —reconoce Nerea.

— Es lo más probable —confirma Ana mientras se arrodilla al borde del agujero y coge un palo que utiliza para ir señalando según explica—. Primero fíjense en el caballo: tiene un disparo cerca de su pecho, aún se ve la sangre que parece fresca emanando de la herida. Esto debió matar al animal y descabalar al dragón. Supongo que fue el infante quien disparó, se puede distinguir cómo la posición del mecanismo de disparo del rifle indica que se ha accionado. Lógicamente no le daría tiempo a recargar; tenía que sacar una bala y prepararla con la pólvora para verterla por la boca del rifle. Para que se hagan una idea aproximada, cogían un paquetito preparado con la pólvora necesaria para un disparo, lo rompían con los dientes, metían la pólvora por el cañón, después introducían el papel del paquete y posteriormente la bala de plomo. El conjunto debía ser apretado contra el fondo del fusil con la baqueta. Esto lleva varios segundos. Seguro que no tuvo tiempo para efectuar un segundo disparo. Por eso recurría a la bayoneta que tiene calada en la punta de su rifle. El dragón debía llevar el arcón de madera atado al caballo; si os fijáis tiene varias cuerdas que debió utilizar para asegurarla sobre el lomo del animal. Al morir y caer el animal debió de soltarse. Al perder su montura, desenfundaría su sable y se encararía al infante, las huellas en el barro así lo sugiere. Fijaos en cómo los pies de ambos están hundidos en el barro, no podrían moverse con agilidad. El dragón atacó con su sable al infante y le atravesó el pecho de un estoque, cosa extraña ya que no solían utilizarlo para dar estocadas sino mandobles sobre el enemigo, para hacerle cortes o cercenar miembros. Pero fíjense cómo el infante con su rifle y la bayoneta calada y, pese a no poder disparar, tenía el arma lista para luchar, como una especie de lanza, y le atravesó el cuello. Ambos debieron sorprenderse mucho, fíjense en la expresión de terror en la cara de ambos, no se esperaban morir así. Por la sangre que hay alrededor, se desangraron aquí mismo.

— Considerando que eso sea cierto —se pregunta el rector—, ¿cómo se han conservado tan bien? Y ¿cómo no los ha encontrado nadie antes? ¿Cómo no vino nadie a socorrerles entonces?

— Sobre cómo no los han encontrado antes... Después de la batalla, la confusión era máxima. Dos cuerpos más o menos no llamarían la atención. Esta zona entonces era la zona profunda del humedal, con árboles y plantas altas. No creo que muchas personas se aventuraran a pasar por aquí. Pudieron pasar desapercibidos y ser ocultados por la maleza. Y bueno, el árbol cuando creció era el escondite perfecto, ¿no creen? —casi todos los presentes asienten con la cabeza—. Sobre el estado de conservación... Si no fuese por los uniformes no me lo creería, a eso no tengo respuesta... Aunque...

Ana se levanta y da varias vueltas al agujero. Los presentes ven cómo maneja el palo, como si lo utilizase para calcular algo. Finalmente, se arrodilla y saca una cinta métrica de su mochila, hace un gesto a Nerea y esta toma el otro extremo. Dan varias vueltas con la cinta métrica alrededor del agujero. Ana va apuntando unos números en un cuaderno mientras giran. Finalmente se queda mirando al cuaderno unos instantes. La expectación es tremenda, Nerea deja la cinta métrica y se acerca a Ana.

— No puede ser —dice finalmente Ana levantando la mirada del papel y mirando a Nerea—. Pero... no hay otra explicación.

— ¿Cómo? —trata de comprender Nerea.

— Creo que la explicación está dentro del arcón de madera —anuncia finalmente Ana.

— Explíquese —exige la jueza.

— De acuerdo —acepta Ana acercándose al agujero—. Fíjense en el barro, se ve un cambio de tonalidad, en la zona cercana a los cuerpos es más claro que en la zona alejada.

Todos se acercan a comprobar cómo Ana lleva razón. El barro que rodea a los cuerpos tiene un tono marrón claro, hay maleza tirada, con un color verde claro. El barro que se encuentra alejado de los cuerpos es marrón oscuro, sin maleza, es el barro que había bajo las raíces del árbol.

— Fíjense que está claramente delimitado —continúa Ana—, y si observan con atención verán que ese límite forma una circunferencia perfecta.

— Cierto —corroboran varios de los presentes.

— Miren las medidas que hemos tomado mi ayudante y yo —Ana muestra su cuaderno. Hay una circunferencia con varias líneas que la cruzan y muchos números apuntados—. La circunferencia tiene casi seis metros de diámetro. Y su centro es... el baúl de madera.

— No puede ser —responde el rector cogiendo el cuaderno. La jueza y varios de los presentes se acercan a mirar el cuaderno, otros se quedan analizando el agujero.

Todos estudian el dibujo de Ana y echan continuas miradas a los cuerpos. Ana y Nerea se apartan un poco, satisfechas, a la espera de la reacción de los presentes.

La jueza habla con uno de los policías y con varias personas. Toma el cuaderno de Ana y lo estudia sola. Finalmente anuncia:

— Présteme atención. Voy a ordenar el levantamiento de los cadáveres. Se les hará una autopsia para corroborar que esas personas no son de este siglo ni del anterior, el forense afirma que eso se puede comprobar. Los objetos presentes en la escena ordeno que sean estudiados por la profesora para que me presente un informe sobre su origen. Con todo esto tomaré una decisión. También ordeno el secreto del sumario, ninguno de los presentes puede comentar nada hasta que se levante el secreto del mismo.

— Como ordene —dice uno de los policías.

— Profesora, acérquese —pide la jueza—. Quiero que estudie esos objetos. Los medios del forense están a su disposición. Pero sospecho, como usted, que esto es tema de historiadores. Quiero conocer qué pasó, pero más me inquieta cómo es posible que los cuerpos se encuentren en este estado de conservación. Eso es lo que tenemos que descubrir.

— Comprendo —confirma Ana algo sorprendida. No se esperaba esta situación, pero también tiene interés en comprender lo ocurrido.

— Agente —llama la jueza.

— Señoría —responde al ponerse frente a ella y casi cuadrarse.

— La profesora estudiará la escena. Colaborarán con ella. Cuando acabe el forense se hará cargo de los cuerpos. Quiero que un agente esté con ella custodiando los objetos que recoja mientras ella los analiza.

— A sus órdenes —afirma el policía—. ¿Durante cuánto tiempo tendrá acceso la profesora al material?

— Todo el que ella considere necesario —responde la jueza—. ¿Cuánto estima usted?

— No lo sé...—dice Ana pensativa— pero bastante, días o semanas. Depende de los objetos.

— Ya ha escuchado —dice la jueza—. Cuando la profesora termine sus estudios, me traerán los objetos y el informe.

— Sí, señora —asiente el policía.

Un ruido sordo, mecánico, comienza a invadir el ambiente, parece un helicóptero que se acerca. Varios de los presentes levantan la mirada al cielo. Descubren cómo efectivamente un helicóptero negro, sin marca alguna, se acerca rápidamente y sobrevuela la escena a baja altura. Una persona sobresale de una de sus puertas laterales abiertas, parece que está sacando fotos. El viento que levantan las aspas del helicóptero revuelve todo. Al volar tan bajo, justo por encima de las copas de los árboles, el ruido es fuerte. No se puede hablar. El helicóptero se queda parado, volando en estático, sobre el descubrimiento. La jueza ordena con un gesto cubrirlo. Cuando los operarios vuelven a colocar la lona, con algo de dificultad por el viento originado por las aspas de los rotores, el helicóptero toma altura y se aleja.

— Quiero que los detengan —ordena la jueza en cuanto el helicóptero desaparece de la vista.

— Sí, señora —contesta uno de los agentes. Coge su emisora y da instrucciones por ella.

— Profesora, haga su trabajo —ordena la jueza—. Señor rector... quiero que la profesora se dedique solo a esto, usted se encargará de eso.

— Eh... Sí, señora —acepta algo contrariado el rector, no está habituado a recibir órdenes.

La jueza se aleja y habla con varias personas. Ana se queda confusa, ve cómo los operarios aguardan, los policías también, incluso el forense y sus ayudantes. Todos parecen esperar su siguiente paso. Nunca había tenido tanta expectación ante sus actos, ni sus alumnos se mostraban tan expectantes durante sus clases. Se sorprende. Finalmente se agacha y busca en su mochila sus herramientas.

— Profesora —se acerca el forense—, no puede coger ni apartar nada, usted indíqueme a mí o a los policías lo que quiere y nosotros lo haremos. Hay procedimientos que seguir. Cuando acabemos podrá llevarse lo que quiera, pero no lo puede recoger.

— Comprendo —confirma Ana.

— ¿Qué tipo de muestras le servirían para datar los objetos? —pregunta el forense.

— Muestras de los tejidos de la ropa, para ver su estructura y tintes. También se puede estudiar la pólvora, para ver su composición. Si ustedes estudian los dos barros, el claro y el oscuro, sería perfecto.

— De acuerdo. Nosotros tomaremos las muestras y haremos los análisis. Le enviaremos los resultados en cuanto los tengamos.

— Sí que me gustaría llevarme las armas, arreos y objetos, así como ese baúl. Para estudiarlos y tratar de ver si se corresponden con la época.

— Perfecto. Tomaremos muestras de la madera para datarla y se podrá llevar los objetos.

— Sin problemas —acepta Ana—. Antes de tocar nada me gustaría hacer muchas fotografías —pide sacando su cámara de fotos de la mochila.

— No se preocupe por eso —sonríe el forense—. Nosotros vamos a sacar cientos de todos los ángulos y de todo lo que rodea al escenario. Recibirá una copia de todas. Además, nuestras cámaras tienen mejor resolución que la suya —dice mostrándole una cámara digital profesional, que claramente es superior a la cámara compacta de Ana.

— Gracias —sonríe Ana—. De todas formas sacaré alguna si no le molesta. Por cierto, ¿cómo hacemos para que pueda estudiar los objetos y los cuerpos?

— Los cuerpos irán y se quedarán en el Instituto Anatómico Forense hasta el final de la investigación. Los objetos los custodiará la policía y se los llevarán a su laboratorio, o lo que tenga, cuando lo solicite, siempre bajo la vigilancia de algún policía. Aunque puede venir usted al Instituto y estudiarlos allí. Creo que es más cómodo que tener un policía siempre de guardia en su laboratorio.

— Tiene razón —reconoce Ana, imaginándose la escena de policías custodiando su despacho día y noche—. Me gusta más la idea de que sea yo la que vaya al Instituto Forense y sólo me lleve aquello que no pueda analizar en su laboratorio.

Pasan varias horas, hasta después del mediodía, en las que Ana y Nerea prestan atención a la labor de los forenses. Llamen la atención con sus buzos integrales blancos de plástico, incluso llevan una capucha, mascarilla y cubrecalzado. Según trabajan se aprecia cómo el barro los van manchando. Durante todo el proceso hacen innumerables fotos, recogiendo muestras, embolsando y etiquetando todo lo que encuentran. La jueza y sus ayudantes vigilan constantemente, se nota que este caso levanta su curiosidad. Ana nota cómo el ambiente se relaja un poco cuando comienza a recogerse todo. Han

llegado dos vehículos del forense, dos furgonetas negras, en una se cargan los cadáveres y en el otro vehículo el resto de objetos que se recogen en el lugar, como las muestras, los objetos de los cuerpos, etcétera. Para meter el caballo tienen problemas por su tamaño, los forenses pelean varios minutos hasta que logran encajar el cuerpo del animal en una de las camillas para personas. Todo un logro.

Finalmente los forenses terminan su trabajo y recogen sus herramientas.

— ¿Cómo nos organizamos ahora? —pregunta Ana con ganas de comenzar a estudiar los objetos.

— Venga con nosotros al Instituto Forense y allí lo decidiremos — responde uno de los forenses.

— De acuerdo —acepta Ana—. Dígame su dirección. Recogeré mi coche y me iré allí.

— Tome una tarjeta. Mejor... venga con nosotros —responde acercándose la jueza.

— Gracias —responde Ana—. ¿Dejo aquí mi vehículo o les sigo?

— Yo la acompañaré. Indíqueme cual es y lo recogeré —dice uno de los policías, un chico joven y alto, de buena presencia.

— Vale —acepta Ana.

— ¿Y yo? —pregunta Nerea con interés.

— Pues... serás mi ayudante. ¿Es posible? —le pregunta a la jueza.

— Supongo que sí. De todas formas... has de saber que no puedes hablar con nadie sobre todo esto, es delito.

— Lo entiendo —acepta Nerea—. Lo del secreto del sumario —comenta mientras la jueza asiente con la cabeza.